

Última crítica José Luis Giménez-Frontín colaboró en este suplemento desde el año 2005, sobre temas que iban de la narrativa a la filosofía, la arquitectura y el arte. Esta reseña sobre un clásico recuperado es su postrera aportación

Tensiones polacas



Estatua de Boleslaw Prus en el parque Naleczow, cerca de Lublin (Polonia)

ALAMY IMAGES

JOSÉ LUIS GIMÉNEZ-FRONTÍN

El abanico de autores, desde el XVIII y el naturalismo decimonónico hasta el modernismo, que afronta por fuerza con alguna suerte de ayuda institucional las ediciones KRK de Oviedo ahorra comentarios: Kropotkin, Turguenev, Laurence Sterne o Samuel Johnson, entre otros. Ahora, en su introducción, Agata Orzeszek nos informa de que *La muñeca* de Boleslaw Prus (pseudónimo de Alexander Glowacki, 1847-1912) “está unánimemente considerada, con Czeslaw Milosz a la cabeza, la obra maestra de las letras polacas modernas”.

Prus se inserta dentro de una corriente histórica que arrasa la nove-

la europea en claves naturalistas y positivistas, que en España relacionaríamos con todos los intentos regeneracionistas del XIX, y que en el caso de Prus arranca en Dickens para conducirnos casi sin mayores meandros al Zola más combativo. En su día, Prus tuvo que ser altamente escandaloso en una sociedad controlada al detalle por una de las aristocracias más improductivas, reaccionarias, orgullosas, derrochadoras, inútiles y antisemitas de toda Europa, en la que incluso un *creador de riqueza* era contemplado con recelo y desprecio. El fracaso del emprendedor Wokulski en organizar algo así como una hispánica *Sociedad de Amigos del País*, por no hablar de la significati-

José Luis Giménez-Frontín

(Barcelona, 1943-2008) desarrolló una variada carrera literaria como poeta ('Las voces de Laye', 'Réquiem de las esferas'), narrador ('El idiota enamorado', 'Señorear la tierra'), ensayista ('El surrealismo') y memorialista ('Los años contados'). Dirigió la Fundació Caixa Catalunya y presidió la Asociación



Colegial de Escritores. Falleció el pasado 21 de diciembre

va revolución industrial catalana y financiera vasca, constituye uno de los ejes vertebradores de esta novela tan prolija y extensa, y de carga ideológica tan explícita. Entiendo que esta tarea de vivisección es lo mejor de Prus, siempre interesado en el análisis de los mecanismos del poder, como queda patente en su atinada incursión en la novela histórica (*El faraón*, 1897), a la que supongo en la base de la espléndida versión cinematográfica de Kawalerowicz de 1966.

El segundo de los ejes lo constituyen los avatares, constantes avances y retrocesos amorosos, del cuarentón protagonista en su romántico enamoramiento de Bela, una condesita en dificultades económicas y de encefalograma ético, mental y cultural prácticamente plano. De ahí que chirrien un poco las referencias comparativas a los tormentos anímicos y sociales de Ana Karenina, Emma Bovary o Ana Ozores. Me temo que, en este terreno, el paso del tiempo confirma el error de estrategia narrativa de Prus y lo aleja sin remisión del interés que seguirán siempre suscitando los personajes femeninos de Tolstoi, de Flaubert y de Clarín.

No me resisto a finalizar este comentario sin abordar el tema del punzante, agresivo, constante e injurioso antisemitismo que rezuman todos y cada uno de los personajes de esta extensísima novela, con la única excepción de Wokulski, su protagonista. ¿Sólo retrato imparcial de una época? ¿O calculada ambigüedad del narrador? Sería aventurado por mi parte emitir un juicio rotundo, pero acuden a mi memoria las palabras de Ishia Tutsly, una doctoranda de Oxford sobre el tema: los nacionalistas alemanes elevaron el antisemitismo a la demoniaca categoría de una *cadena industrial de destrucción*, pero se limitaron a recoger el testigo ideológico de los ortodoxos rusos y, sobre todo, de los católicos polacos. Y si no ando muy errado, parece que la novela de Boleslaw Prus le de sobradamente la razón. |